

Un solo de palabras

Por Raúl Pérez Torres

Revista *La liebre ilustrada*, 14 de mayo de 1989

Desde la publicación de los libros *El Delfín y la Luna*, de Marco Antonio Rodríguez y *La doblez*, de Francisco Proaño, no había leído ningún libro de cuentos que me impacte verdaderamente, hasta ahora que con enorme satisfacción he terminado de leer *Solo de palabras*, de Raúl Vallejo (Editorial El Conejo, 1988), libro que me ha hecho recordar aquello que decía Carpentier: “Hay que dar vida verbal a nuestras ciudades agigantadas”, porque en este libro el personaje urbano adquiere toda su dimensión de tragedia y conflicto, de esperanza y sueños, en una ciudad atormentada por su crecimiento, en un mundo donde se ha endurecido la piedad y en el que la miseria y la incomunicación tejen su laberinto kafkiano.

Con un estilo ágil, vivo, epidérmico, donde el hecho cotidiano adquiere su significación mayor, su filigrana de bolero, Raúl Vallejo nos lleva de la mano por las avenidas, las casas y los parques (El parque, esa ciudad síntesis de la otra, hospicio y taberna, iglesia y cabaret, escuela y cárcel, caída y gloria) de una ciudad en la que los personajes se van universalizando conforme crece su alienación y su desesperanza: “Me gusta esta ciudad a la que no se puede amar sobrio” dice uno de ellos, y quizá de esas sombras, de esas marejadas alcohólicas, crece la evocación, el recuerdo, la perversidad de presentarnos diferentes puntos de vista como en un caleidoscopio lleno de frases vigilantes, de mordaces autocríticas, de nuevas interpretaciones, nuevos infiernos de esa vieja, como el mundo, relación de pareja, donde los personajes, esperpentos de la idea del creador, reclaman su multiplicidad, su presencia tangible, su palabra de carne, dando el tono perfecto de la rebelión y el desafío.

Hay entonces una simultaneidad, un estilo cinematográfico que pasea con su cámara por las calles de Guayaquil, y nos permite no solamente asistir a la cotidianidad de la vida sino también de la muerte en un mundo que ha olvidado la vida. Claro ejemplo es aquel cuento titulado “Con una pequeña ayuda de mis amigos” donde la ubicuidad literaria nos va ahorcando con su soga transparente y nos obliga a ser el mártir y el verdugo, el escritor y su fantasma, y finalmente el lector participante que renuncia a su apoltronada abulia para empezar a ser cada uno de los personajes y todos, reconociendo inclusive lo que todos tenemos de teniente y de secuestrado, de hombre y mujer, de dios y de diablo, de cuerdo y de loco.

Los cuentos nos atrapan por su circularidad, por su aliento sostenido, por su fulminante acabamiento, porque contienen el vértigo de un beso, de una bala o una lágrima, por su dato oculto, su poesía escondida, por su propuesta interlineada que a menudo va a dar al desasosiego, y no estoy de acuerdo con Jorge Dávila (respetando su apreciación) de que en uno de ellos, el último del libro “Una experiencia de santidad”, se encuentre “un tono retórico que suena a falso”, simplemente corresponde a la voz de los personajes, a las preguntas y a las respuestas esenciales, a la duda que nos corroe ya en la pubertad y no nos abandona jamás, al asombro de los descubrimientos atroces, a esa búsqueda seria, infatigable, que nace desde el primer encuentro con Dios. Yo lo he vivido en el mismo lugar y con los mismos personajes, solamente que no he podido escribirlo porque “sé que al momento mismo de escribir una palabra, lo dicho y por decir habrá de vencerme.”

Sí, estamos de acuerdo, la literatura es un artificio, un simulacro, un baile de máscaras, solo que en este libro, Raúl Vallejo se las ha quitado.

¿Qué podríamos decir nosotros cuando apagamos la luz?